

Fetiches y fetichismo

Por: ENRIQUE GUARNER

EN «La Reliquia», estupenda novela escrita por el portugués José María Eca de Queiroz, tenemos un caso de fetichismo que a través del masoquismo inconsciente, destruye la vida del principal protagonista. Efectivamente, Teodorico Raposo, huérfano, fue recogido por su tía la beata y fanática doña Patrocinio de las Nieves, la cual vivía rodeada de clérigos y entregada por entero a su devoción católica.

Teodorico desde su infancia fingió un gran ardor religioso con el único objeto de heredar a su tía. En una conversación dominical surgió la conveniencia de que nuestro héroe fuese en peregrinación a Tierra Santa, con el fin de obtener las gracias espirituales que el cielo y los pontífices entregan a los que allí viajan.

En Alejandría Teodorico conoce a la inglesa Mary con la que establece una relación íntima y en el momento de la separación ella le regala como recuerdo el perfumado camisón que tanto lo excitaba, junto con él aparece una hojita con una dedicatoria amorosa.

Una vez en los Santos Lugares, Teodorico encuentra un árbol espinoso del cual corta una gufa con el objeto de llevársela a la tía y asegurarle que formaba parte de la corona que se le puso a Jesús antes de su muerte.

Por una absurda confusión los paquetes del camisón y la reliquia se truecan y cuando en el oratorio de doña Patrocinio, con gran solemnidad, se descubre el «negligé» y la carta, la tía expulsa a su sobrino y lo deshereda.

La palabra fetiche procede del portugués «feitico» y se debe a que los navegantes del siglo XV al ponerse en contacto con los pueblos africanos denominaron así a ciertos objetos de fabricación humana a los que los nativos rendían culto. En otras palabras se aplicaba el nombre a los elementos materiales a los que se vinculaba con virtudes mágicas.

En los cultos de los clanes totémicos se veneraba y guardaban artículos de piedra o madera que según los hechiceros habían sido creados desde la más remota antigüedad. A ellos se les conferían poderes superiores para alejar el mal y curar las enfermedades.

En el fondo fue el fetichismo africano el que dio lugar a la forma cultural que denominamos totemismo. Por ejemplo, en los negros del Sudán hallanse objetos de madera trabajada que representan caras terroríficas y que tienen un significado demoníaco. A todos ellos se les transfieren propiedades anímicas que suscitan los temores de la tribu. Por otra parte en la costa de Guinea, el fetiche es inhumano aunque esté habitado por almas carentes de forma material.

En la mayoría de estos países africanos suele celebrarse una ceremonia en la que el hechicero se interna en la selva y allí rompe la imagen del fetiche solicitando el castigo para aquel que haya violado las reglas del grupo. Se supone que diez días después del suceso aquel que quebrantó el orden deberá morir, porque su alma pasó a formar parte del ídolo destruido.

Podría concluirse que el fetichismo africano comprende los siguientes elementos: 1) El espíritu de la mayoría de las creencias; 2) La adoración de objetos representativos; 3) El uso de hechizos diferentes y 4) La reverencia hacia el firmamento y los astros, como son: el sol, la luna, los planetas y las estrellas.

Psicología del fetichismo

En 1905 el psicólogo francés Alfred Binet en su libro «Les alterations de la personnalité», decidió denominar fetichismo a una forma de desviación sexual en la que el deseo de un individuo se halla unido a algo que simboliza el objeto del amor. En este tipo de desorden, el orgasmo solamente puede obtenerse mediante la vista, el contacto o la posesión de un objeto que no es de carácter genital y que pertenece al cuerpo o a la persona del sexo opuesto.

En general, se trata de un artículo de la indumentaria como un zapato, una media, la ropa interior o las pieles; o bien, ser parte del cuerpo como el cabello, la mano, el pie, etc.

Los individuos que presentan esta alteración sólo pueden experimentar placer en presencia del fetiche de su elección y de las condiciones específicas en que surja. La

fijación representa una tentativa de solucionar conflictos infantiles, pero el intento no tiene resultados, sino que actúa simplemente como un medio para aliviar la tensión.

En «Tres ensayos sobre una teoría sexual» de 1905, Sigmund Freud sostuvo que el fetichismo como la mayoría de las llamadas perversiones, es por regla general un componente de la vida sexual de los individuos normales que debían considerar tales desviaciones como otros tipos de su intimidad erótica. El deseo no carece, en ninguna persona, de elementos perversos. La misma elección de un objeto sexual entre los seres humanos está determinada invariablemente por un fetiche. La pareja que uno escoge debe poseer una estatura establecida, un color especial de cabello, una cierta voz y gestos decididos de antemano. Esto se produce como resultado de las impresiones recibidas en la infancia con nuestros objetos precoces de amor y se podría considerar como absolutamente normal.

Según Freud, ello se torna patológico cuando el fetiche invade al individuo y se vuelve el único objeto de su erotismo. En tales condiciones disminuye el deseo y da lugar a la masturbación que substituye totalmente a la actividad sexual. Para el fetichista la pareja es a menudo un incidente respecto a la parte del cuerpo o al substituto que lo estimula. El objeto puede representar tanto al genital masculino como al femenino y a veces se transforma en una obsesión sin la cual no existe la menor posibilidad de satisfacción.

En algunos casos es posible el coito en ausencia del fetiche, pero en tales oportunidades el acto es forzado e incompleto, acompañándose a menudo, para no decir siempre de fantasías fetichistas. Es interesante notar que no sólo practican la masturbación los que no pueden encontrar una pareja sexual, sino también los que tienen acceso a la relación genital.

Aunque la mayoría de los fetichistas sean individuos pasivos en todos los casos existe una marcada mezcla de agresión y sadismo. La culpabilidad y tortura que surge como derivación de los impulsos y a la incapacidad para aceptar la satisfacción normal, crean un componente sádico.

Los objetos sexuales se hallan invariablemente sometidos a inaceptables pedidos sexuales. La satisfacción del fetichista también depende de un rito que se encamina hacia la posesión del objetos substitutivos, lo cual da lugar a todo tipo de fantasías agresivas. No es raro que se cometan delitos para obtener al fetiche que provoca el impulso. Con tal de efectuar el deseo oculto, se puede llegar a la infracción de las reglas sociales y vemos frecuentemente a jóvenes que irresistiblemente hurtan cientos de medias o que penetran en una casa con tal de obtener pantaletas o sostenes femeninos. Conozco de un caso que lograba el orgasmo con las fantasías eróticas que encontraría al penetrar por un tragaluz en una mansión. Esta misma persona se masturbaba examinando las prendas interiores que había robado. Es decir, que el riesgo incrementaba su excitación sexual.

Quisiera finalizar este artículo manifestando que en algún grado todos somos fetichistas dado que siempre buscamos el objeto original, o sea, la madre en el perfume o estilo de peinado de una mujer. Por lo tanto, únicamente podemos considerar patológicos a aquellos seres que por inhibición o temor a ser rechazados por el sexo opuesto, lo substituyen por un objeto al que hacen el centro de sus pensamientos eróticos.